



# Se busca un mesías

Por Joaquín GARRIGUES WALKER

**E**N algunos escritores políticos late el deseo manifiesto de que un nuevo mesías nos conduzca mansamente por el desierto hasta el oasis de la salvación. Fulano de tal o Mengano de cual tienen, según ellos, las condiciones objetivas y las virtudes carismáticas para salvarnos de este torbellino de incertidumbres que nos arrastra inexorablemente hacia un final catastrófico. Sólo si Zutano toma las riendas del Poder, insinúan otros, podremos superar las circunstancias que nos abaten y sortear los riesgos que nos amenazan.

Hay quienes pensamos, por el contrario, que este ingente esfuerzo que estamos haciendo entre todos puede conducir a buen fin si perseveramos y no desfallecemos ante las adversidades.

Digamos una vez más, recordemos a los desmemoriados, que los españoles como pueblo no tenemos casi experiencia ni tradición de autogobierno. Que no hemos sido capaces de encontrar fórmulas de entendimiento válidas y estables entre el Estado y las comunidades nacionales de esa entidad superior que llamamos España; que trabajadores y empresarios se han enfrentado una y mil veces con la violencia y se han negado a sentarse en una mesa de negociación; que los católicos hemos perseguido con aire de cruzada a los miembros de otras religiones; que los conservadores han negado el pan y la sal a los socialistas y viceversa. Es ésta una burda síntesis de nuestra historia como nación, pero esos trazos reflejan en el fondo una gran verdad. Y ahora estamos intentando otra vez superar ese clima que ha hecho imposible soldar en el pasado nuestro Estado y nuestra sociedad.

Se dice, por ejemplo, que el presidente Suárez no es el mejor entre todos los teóricamente posibles; que no es el hombre que se necesita para esta etapa aunque se acepte que hasta la fecha no lo ha hecho mal; que le faltan condiciones de estadista; que se refugia en la Moncloa y no da explicaciones. Cualquiera podría añadir más fuego a esa caldera de la crítica. Pero, ¿dónde se esconden esos estadistas que le sustituirían con ventaja? ¿Dónde está ese mirlo blanco que tiene todas las condiciones y virtudes que se necesitan para el cargo presidencial? Una crítica similar podría hacerse también de Felipe González, de Marcelino Camacho, de Nicolás Redondo y de tantos otros líderes políticos y sindicales de la sociedad española de 1979. Porque así, a primera vista, ninguno reúne —o reunimos— esas condiciones excepcionales que se pintan como imprescindibles para el liderazgo. Cada quien tiene su hándicap y todos tienen —o tenemos— muchos fallos humanos y profesionales. Además, en ese análisis crítico, no hay por qué limitarse a los políticos. Nuestros banqueros, in-

dustriales y comerciantes podrían ser desacreditados con iguales o parecidos argumentos. ¿O es que acaso son comparables con sus homólogos europeos y americanos? Y así sucesivamente podríamos incluir en esta lista negra de exclusiones a nuestros abogados, a nuestros médicos, a nuestros ingenieros y a nuestros trabajadores de toda condición y oficio.

Desde algunos sectores de la opinión pública española se afirma ahora, por ejemplo, que los políticos que negocian los Estatutos no tienen la talla suficiente para la difícil operación de transformar el Estado. Y es probablemente cierto que ni los ministros del Gobierno, ni los parlamentarios de la Ponencia, ni los asesores y especialistas nocturnos sean los mejores teóricos ni quizá figuren, en el futuro, en un libro de vidas paralelas de un Plutarco contemporáneo. Pero todos los que están tienen el conocimiento y la preparación suficiente para tratar de resolver los problemas con los que se enfrentan. Son, en cualquier caso, los hombres que tenemos para llevar a cabo esta difícilísima misión. No hay otros, que se sepa, con mejores títulos que ellos por malos que les parezcan a sus críticos y detractores.

Esa es la cuestión. Quienes en estos momentos desempeñamos un cierto protagonismo en la vida pública, no somos ni mejores ni peores que nuestro propio país. Y para que nadie quede fuera de este comentario tampoco los periodistas que nos enjuician y critican son el paradigma de su profesión a escala internacional. Quienes dirigen los periódicos y quienes los escriben tienen, cuando menos, tantas lacras como los políticos. Periodistas que hablan de nuestra economía sin saber de qué va el asunto y otros que se han quedado anclados en la «democracia orgánica» se suman por docenas. A fin de cuentas tienen ellos también tantas deficiencias técnicas y profesionales como las que nos echan en cara.

Habremos, pues, de llegar al convencimiento de que este asunto que llamamos España nos compete a todos por igual. Que no se trata de encontrar un mesías sino de ver cómo lo podemos hacer mejor siendo todos como somos. Con nuestros errores y con nuestros aciertos —porque también a veces tenemos éxitos—, con nuestros activos y pasivos, con nuestro temperamento que no es el alemán ni el sueco, podemos y debemos llegar a un entendimiento que haga definitivamente posible un país para todos los españoles.

No es éste, sin embargo, un canto anticipado a un posible éxito en la solución que apuntan los Estatutos de autonomía. Debemos ser conscientes, por el contrario, de que muchos problemas de todo

tipo pueden surgir, y surgirán inevitablemente, en los próximos meses y años que harán difícil nuestra aventura común. Los Estatutos tampoco resuelven de golpe y porrazo tantos años de incomprendiones y recelos. Pero el simple hecho de que nos hayamos sentado a negociar abre un camino a la esperanza. Nada más y nada menos.

Recuerdo que hace años un industrial amigo, ante la crisis de una empresa que tenía muy difícil solución, me dijo algo que he guardado en la memoria: «Lo malo de este asunto es que lo tenemos que resolver personas tan poco capacitadas como tú y como yo»... Ese es exactamente nuestro problema. A fin de cuentas somos nosotros, los españoles, quienes tenemos que resolverlos, quienes tenemos que entenderlos. No tenemos mejores gentes que las que somos o, como se dice en mi demarcación electoral murciana, «semos los que semos».

Esta gran nación que se llama España y que hemos construido entre todos: catalanes, vascos, asturianos, aragoneses, navarros, extremeños, castellanos, cántabros, canarios valencianos, murcianos, gallegos, leoneses, mallorquines y andaluces (para que nadie se quede en el tintero) podemos seguir haciéndola juntos y mejor si somos capaces de dialogar y superar nuestras diferencias.

Estamos empezando a hacerlo y ya se ve que la cosa no es nada fácil. Pero hay indicios de que avanzamos. Trabajadores y empresarios se han sentado juntos estos días para iniciar el camino de un posible entendimiento. Carlos Ferrer no es el mejor empresario del mundo. Tampoco Nicolás Redondo es el mejor líder sindical. Y aun así ambos figuran entre los más auténticos protagonistas de nuestra vida económica. Quizá haya quien opine que son muy malos, pero no tenemos otros mucho mejores.

El empresario Olarra, con su personalidad conflictiva, ha dicho hace unos días que «de la misma forma que en estos últimos tiempos no se aceptaba la existencia de graves problemas, en estas horas se piensa por muchos que ya no hay solución. Ni entonces aquello era cierto ni esto de ahora lo es tampoco. Los problemas tienen solución».

Si tuviéramos un presidente mejor que el que tenemos, un Gobierno mucho mejor que el actual, unos parlamentarios más sabios, una oposición y unos líderes sindicales mejor preparados, unos profesionales y trabajadores de mejor condición y oficio que los que tenemos y unos periodistas de mejor pluma quizá podríamos construir una nación mejor. Pero «semos los que semos». Y siendo lo que somos hemos hecho, a pesar de todos los pesares, una gran nación que ha brillado con luz propia a lo largo de muchos siglos de Historia.